

Salustio

La Conjuración de Catilina

La Guerra de Yugurta

Introducción, traducción y notas de
Mercedes Montero Montero



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1988
Tercera edición: 2015

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1988, 2015
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;
28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-9738-3
Depósito legal: M. 217-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Introducción
35	Bibliografía
39	La Conjuración de Catilina
111	La Guerra de Yugurta
253	Glosario de nombres propios

*A mis padres, que siempre
han confiado en mí.*

Introducción

La vida de Salustio

Cayo Salustio Crispo vivió en uno de los períodos más apasionantes de la historia de Roma: el del paso de la República al Imperio. Fue aquélla una época tumultuosa, sometida a tensiones de todo tipo, pero también un tiempo en el que los conflictos políticos llevaron a la oratoria a su mayor esplendor y en que Roma contó con los mejores escritores y con figuras como Pompeyo, Cicerón y César. A diferencia de éstos, cuyas biografías conocemos bien, sabemos poco de la vida de Salustio.

Tenemos noticias¹ de que el comentarista de Cicerón, Asconio Pediano, compuso una *Vita Sallustii* que no se ha conservado. Tampoco nos ha llegado el capítulo que Suetonio dedicaba a nuestro autor en *De viris illustribus*,

1. Ps. Acro. ad Hor. Sat. 1, 2, 41.

pero es precisamente de esta última obra de la que San Jerónimo toma las fechas de su nacimiento y muerte.

Según la Crónica de San Jerónimo, Salustio nació en la ciudad sabina de Amiterno, y murió en Roma cuatro años antes de la batalla de Accio (2 de septiembre del 31 a.C.), es decir, el año 35 a.C. Salustio, como el propio Cicerón y como muchas figuras importantes de la política y la literatura romanas, no era originario de Roma, sino de la Italia provincial y concretamente de la Sabina, cuyos habitantes eran conocidos por su austeridad y se identificaban con la imagen ejemplar de la antigua Roma de la que tanto distaba la capital en aquel momento. Su familia debió de ser plebeya, pero con una posición lo suficientemente desahogada para permitir a Salustio marchar a Roma aún muy joven con la pretensión de ampliar su formación e incorporarse al *cursus honorum*. Tenía veintitrés años cuando fue testigo de los distintos avatares de la conjuración de Catilina, que será el tema de su primera monografía. Precisamente en esta obra (capítulo III), Salustio nos confiesa que en su primera juventud fue arrastrado por la pasión a la política en la que muchas cosas le fueron adversas y nos presenta una sociedad corrompida por la ambición y los vicios de todas clases, vicios que él despreciaba, pero a los que no se pudo sustraer.

En los comienzos de su carrera política ejerció el cargo de cuestor después del 57 a.C., y llegó a ser tribuno de la plebe a los treinta y tres años, en el 52 a.C. Fue éste un año lleno de acontecimientos: César vencía a Vercingétorix en Alesia, Pompeyo llegaba a ser cónsul único y Clodio, el tribuno ídolo de la plebe, era asesinado por Mi-

lón. Salustio emprendió entonces una violenta campaña contra éste y su defensor Cicerón. Estos ataques provocaron la animadversión del partido senatorial, dos de cuyos miembros, los censores Apio Claudio Pulcro y Lucio Calpurnio Pisón, consiguieron en el 50 que Salustio fuera expulsado del Senado por inmoralidad (*probri gratia*), aduciendo, al parecer, una antigua relación adúltera de éste con Fausta, esposa de Milón. César logró rehabilitarlo y Salustio consiguió de nuevo la cuestura y por tanto recuperar su rango senatorial probablemente el año 48 a.C. Después de ejercer la pretura en el 47 a.C., al año siguiente es nombrado por César procónsul *cum imperio* en el *Africa Nova* (la antigua Numidia oriental). Durante su mandato se enriqueció a costa de sus gobernados de modo tan escandaloso que éstos entablaron contra él un proceso por concusión del que de nuevo le libró la intervención de César. Las malas lenguas² pretendieron que éste recibió de Salustio un millón doscientos mil sestercios como participación en los beneficios. Poco después, el 15 de marzo del 44 a.C., César muere asesinado y Salustio abandona la política y se refugia en su vida privada.

Gracias a la fortuna que había amasado, pudo comprar la villa de César en Tívoli y gozar de los legendarios *horti Sallustiani*, magníficos jardines que se extendían entre el Quirinal y el Pincio. En tan espléndidos retiros pudo Salustio encontrar el ambiente apropiado para consagrarse a su nueva ocupación: escribir historia. Mientras, fuera de aquellos muros, nuevas luchas políticas desgarraban

2. *Inv. in Sall.* 7, 19.

Roma: el antiguo triunvirato formado en el 43 a.C. por Octavio, Marco Antonio y Lépido acabará después de diversas vicisitudes y duras luchas con la batalla de Accio en la que Octavio derrotó a Antonio y quedó como dueño único del poder en Roma. Cuatro años antes de esta fecha clave, en el 35 a.C., murió Salustio a los cincuenta de edad, en plena madurez como hombre y como escritor.

Salustio historiador

Salustio dedicó, pues, los últimos años de su vida a escribir historia. Él mismo nos habla de esta decisión:

Así pues, cuando mi espíritu descansó de las muchas miserias y peligros y decidí que debía mantener el resto de mi vida lejos de la política, no me propuse gastar un ocio valiosísimo en la indolencia y la desidia, ni por supuesto pasar la vida cultivando el campo o cazando, entregado a tareas serviles, sino que, volviendo al proyecto y al empeño de los que una funesta ambición me había apartado, determiné escribir por episodios las hazañas del pueblo romano, según me parecía cada una de ellas digna de recuerdo, y más por el hecho de que mi espíritu estaba libre de expectativas, de miedo y de partidismo.

En el 52, unos años antes de que Salustio emprendiese su tarea, Cicerón había afirmado en el *De legibus*: «La historia está ausente de nuestra literatura». Esta tajante declaración debe ser matizada. Desde el siglo III varios escritores latinos habían redactado crónicas de los prin-

cipales hechos ocurridos en Roma desde su fundación, hechos ordenados año a año (de ahí el nombre de analistas dado a estos escritores). En general, tales obras, escritas la mayoría en griego, carecían de calidad literaria. Ya en el siglo II, Catón el Censor escribió los *Origines*, narración histórica escrita en latín, en la que encontramos notables avances respecto a sus precursores. En el siglo I se suceden analistas como Celio Antípater, Valerio Antias o Cornelio Sisena, con los que empieza a cambiar la concepción de la historiografía. El propio César, pocos años antes, había escrito sus *Commentarii*, consiguiendo un notable éxito. Sin embargo, la obra de todos estos escritores estaba muy lejos de alcanzar la altura de los grandes historiadores griegos Herodoto y Tucídides. Ése era el tipo de historia que, a juicio de Cicerón, faltaba a las letras latinas. Una historia que, constituida en *opus oratorium maxime*, es decir, elaborada con el mismo cuidado que una pieza de oratoria, busque la causa de los hechos; que sea ejemplificadora e imparcial.

A la muerte de César nos encontramos, pues, a Salustio decidido a cultivar la historiografía y a elevar en Roma este género literario a una categoría que pudiese rivalizar con los prestigiosos modelos griegos.

Salustio no se va a contentar con hacer una seca narración de los hechos, como los antiguos analistas, sino que selecciona los que le parecen más significativos y reflexiona sobre ellos, extrayendo muchas veces conclusiones y enseñanzas del análisis de los mismos.

En esto se basa su pretensión, primero algo tímida y después más resuelta, de equiparar el papel del historiador con el del político activo (*Bel. Iug.*, IV):

De todos modos, creo que habrá quienes, por haber decidido yo vivir alejado de la política, den sin más el nombre de indolencia a este trabajo mío tan grande y tan útil, y serán sin lugar a dudas esos que opinan que la actividad mayor es dedicarse a hacer cumplidos a la plebe, congraciándose con ella a base de convites. Pero si esos mismos reparasen en qué tiempos conseguí las magistraturas, qué varones insignes no pudieron alcanzarlas y en cambio qué clase de hombres ha llegado a entrar en el Senado, reconocerán sin duda que yo he cambiado de criterio por razones bien fundadas y no por pereza y que de este ocio mío resultará mayor beneficio para la república que de la actividad de otros.

Salustio no es un historiador retórico-patético ni romántico, tendencias que se habían producido en la historiografía griega, pero tampoco es un historiador pragmático al estilo de Polibio. Lo que hace Salustio es incorporar a la producción histórica romana el método de Tucídides, pues se preocupa sobre todo por mostrar los antecedentes de los sucesos que narra.

La diferencia entre ellos está en que mientras que el historiador griego analiza los hechos y después extrae conclusiones, Salustio aborda sus temas con ideas previas extraídas de su vida y de sus lecturas. Por los hechos en sí muestra menos interés; aunque no los falsifique conscientemente, comete errores o descuidos.

A pesar de que pretende narrar con la máxima objetividad, como él mismo dice en el capítulo IV de *La Conjuración*, en realidad ya ha tomado partido sobre lo que escribe. Salustio tiene una idea preconcebida de las fuerzas que actúan en el acontecer histórico: conseguir la

fama es el objetivo principal de la acción humana y esta fama no sólo se consigue con la *virtus*, pero no con la *virtus* teórica de los filósofos, sino con la capacidad práctica y espontánea para obrar bien que Salustio identifica con aquellos primeros romanos, con su vida sencilla, austera y honrada. Esa *virtus* fue la que engrandeció a Roma, y su pérdida, debida a la extensión del poder romano, al aumento incontrolado y mal repartido de las riquezas procedentes de esas conquistas y a la influencia de costumbres extranjeras, ha causado su ruina moral y social.

La decadencia, la crisis de la república se ha producido, pues, por causa del orgullo, la ambición y la búsqueda de placer.

Estas ideas son las que están en la base de sus tres obras: *La Conjuración de Catilina*, *La Guerra de Yugurta*, y las *Historias*. Como materia de las mismas seleccionó tres momentos a su juicio decisivos en la crisis de la República romana. En su primera monografía, *La Conjuración de Catilina*, pone de relieve que el intento criminal de este individuo puso en grave peligro la paz de Roma por el desorden político y moral entonces reinante.

En su segunda monografía, nos narra la guerra de Yugurta, en la que «por primera vez se hizo frente a la insolencia de la nobleza» (*Bel. Iug.*, V).

Su última obra, las *Historias*, ya no es monográfica. En ella narra los acontecimientos que siguieron a la muerte de Sila, a partir del 78. Desgraciadamente, la obra está inacabada y sólo poseemos algunos fragmentos, entre ellos la guerra de Sertorio en España, la revuelta de Espartaco, etcétera. Las tres obras, pues, narran luchas políticas y son una crónica de las convulsiones que sufrió

Roma en el paso de la república aristocrática al principado.

La Conjuración de Catilina

Salustio empieza su tarea de escritor con una monografía: *La Conjuración de Catilina*. Ha elegido este suceso episódico, ocurrido apenas unos años antes, «por la novedad del crimen y del peligro», según manifiesta el propio autor en el capítulo III.

La conjuración de Catilina fue, en realidad, un intento revolucionario que en el año 63 a.C. reclutó a personas de diversos sectores sociales: jóvenes aristócratas cargados de deudas, pequeños campesinos y artesanos arruinados, e incluso esclavos. Todos buscaron la solución de sus problemas poniéndose en manos de Catilina, personaje inteligente y corrompido, y con enormes ansias de poder. Éste intentó varias veces alcanzarlo a través del consulado, sin conseguirlo, y finalmente decidió pasar a la lucha armada, pero fue vencido. Anteriormente a este intento de golpe de Estado hubo otro complot, también dirigido por Catilina, al que según parece no fueron ajenos personajes como Craso y César, que abandonarían después a Catilina ante la gravedad de sus proyectos. Salustio, buen guardián de la memoria de su protector, no cita el nombre de César cuando habla de este primer intento. Incluso sobre la conjuración propiamente dicha (es decir, sobre los sucesos que ocurrieron en Roma entre el 65 y el 62 a.C.) es difícil hacerse una idea exacta, debido a que las dos únicas fuentes de que disponemos (el relato de Sa-

lustio y los discursos contra Catilina de Cicerón) son totalmente adversas a Catilina y a su movimiento.

Salustio no nos presenta en rigurosa secuencia los distintos avatares de esta historia que él había conocido directamente, sino que los estructura dramáticamente transgrediendo incluso el *ordo temporum*.

La monografía se abre con unas reflexiones sobre el dualismo del ser humano, compuesto de alma y cuerpo, la preeminencia del espíritu y la importancia de la tarea del historiador. Salustio manifiesta su decisión de escribir historia y de empezar con la conjuración de Catilina, de quien hace un magnífico retrato ya en el capítulo V. En este momento inserta en el relato una digresión (capítulos VI al XIII) sobre los orígenes y el desarrollo del poder romano. Se trata de una crónica moral, llena de elementos convencionales, que se cierra con una descripción sombría de la Roma contemporánea. En este marco sitúa el proyecto sedicioso de Catilina que, lanzado ya por el sendero del mal, se ha rodeado de hombres de su calaña dispuestos a secundarle (capítulos XIV al XVI). Hubo un primer intento fallido al que se dedican los capítulos XVIII y XIX. A partir de ahí la acción se concentra en cuatro episodios y un epílogo: la fase inicial de la conjuración (capítulos XX al XXX); la huida de Catilina (capítulos XXXI al XXXVI), la captura y condena de los conjurados que habían quedado en Roma (capítulos XXXIX al LV) y la lucha abierta (capítulos LVI al LXIII) y la muerte de Catilina en la batalla final (LXIV).

Salustio estiliza la materia histórica de esta monografía mediante distintos procedimientos tales como la recons-

trucción de la temporalidad de los acontecimientos en función de su significación, la inserción de discursos y retratos de distintos personajes para profundizar en la complejidad de los mismos, y el dramatismo de la narración.

Respecto a la organización temporal de los hechos, deben destacarse varios *flashback* de enorme eficacia. Así, apenas acaba de describirnos a Catilina como hombre corrompido que vive a sus anchas en Roma, ciudad por entonces tan corrompida como él, Salustio se remonta en el capítulo VI al pasado y nos cuenta los orígenes de la historia primera de Roma. No volverá a hablar de Catilina hasta el capítulo XIV. Un salto en el tiempo lo constituye también el relato del primer intento de conjuración en los capítulos XVIII y XIX.

Ya en esta primera obra destaca la habilidad de Salustio en los retratos. En el ya mencionado de Catilina, el autor hace un estudio psicológico del personaje. Nos pinta sus cualidades físicas, pero también su personalidad, y detrás de todo ello nos deja contemplar el espejo de una sociedad en crisis.

Reflejo también de la rica y contradictoria realidad de la Roma de aquel tiempo es Sempronio, retratada en el capítulo XXV. El autor nos la presenta dotada de estimables cualidades físicas y morales, pero privada de las virtudes tradicionales del pudor y el decoro.

Especialmente interesantes son los retratos contrapuestos de César y Catón que Salustio hace en el capítulo LIV. Estas descripciones de gran penetración psicológica siguen a sendos discursos (capítulos LI y LII) en los que los dos grandes hombres expresan su parecer respecto a la condena que debía darse a los conjurados. César

aboga por la clemencia. Catón por un castigo ejemplar. Estos discursos son largos e incluso desproporcionados respecto a los otros contenidos del relato, pero constituyen un buen ejemplo de la habilidad retórica de Salustio y son un recurso literario más al servicio de la caracterización de los personajes.

También en esta primera monografía se muestra ya la capacidad narrativa de Salustio, que sabe poner de relieve en las descripciones los elementos más dramáticos y alterna los momentos de tensión con excursos que marcan una variación en el ritmo. Así, por ejemplo, en el capítulo XXXVI, después de narrar que Catilina ha sido declarado enemigo público por el Senado, Salustio cambia el clímax invitándonos a meditar sobre las causas de la degradación de la plebe y la corrupción de las costumbres romanas en general.

La Guerra de Yugurta

Esta segunda monografía presenta una estructura interna semejante a la de la primera, pero está mejor compuesta a pesar de tener unas dimensiones mucho más considerables.

En esta obra Salustio quiere mostrar la corrupción de la República romana no en su estructura interna, sino en su política exterior. En ella relata la larga guerra sostenida por Roma contra Yugurta, que se había apoderado por la fuerza de Numidia, tras eliminar a Hiempsal y Aderbal, hijos del rey Micipsa, y coherederos del reino a la muerte de éste. Yugurta consiguió, mediante el sobor-

no, que le apoyaran en Roma algunos personajes influyentes, pero finalmente se declaró la guerra.

Micipsa había gobernado bajo la égida de Roma, que ahora ante los desafueros de Yugurta debía intervenir. Los nobles no querían hacer frente a una guerra colonial difícil y costosa. Muchos de ellos además habían sido sobornados por Yugurta. La plebe, en cambio, por odio a la nobleza y movida también por la esperanza de algún beneficio, pedía una intervención militar. Ya en el 116 a.C. se había intentado una solución diplomática pero no había dado ningún resultado. La guerra se hizo, pues, inevitable, y desde el 111 al 105 pasa por toda clase de alternativas: un primer período (111 a.C.) a cargo del cónsul Calpurnio Bestia, que concluye con un tratado ignominioso anulado por el Senado; un segundo período en el que Espurio Postumio Albino y su hermano Aulo, que le suple, llevan al ejército romano al desastre. Un tercer período (desde la primavera del 109 hasta principios del 107) en el que Q. Cecilio Metelo consigue éxitos brillantes pero no decisivos y termina viéndose obligado a ceder el mando a su lugarteniente Mario, elegido cónsul el 108 a.C., y una fase final (del verano del 107 hasta septiembre del 105) dirigida por Mario. A pesar de las victorias conseguidas, éste sólo logrará el fin de la guerra gracias a la colaboración del rey mauritano Boco, a quien Sila, lugarteniente de Mario, convence para que tienda una emboscada a Yugurta.

El éxito de esta operación va a poner fin a la guerra de Numidia. Igual que en la conjuración de Catilina, Salustio abre esta segunda monografía con unas reflexiones

sobre las fuerzas físicas y espirituales y la excelencia de la tarea del escritor frente a otras actividades como las políticas, especialmente desaconsejadas en un tiempo de corrupción y fraude.

El autor, con un tono más pesimista que en su anterior monografía, señala la degradación reinante y culpa de ella especialmente a la clase oligárquica.

Hasta el capítulo LXII aparece la preeminencia de esta nobleza en la gestión de la guerra, pero desde el LXIII hasta el final asistimos a la ascensión de Mario y al declive de la aristocracia.

Mario, en esta última parte de la obra, roba protagonismo a Yugurta. Junto a éstos desfilan otros personajes destacados como el cónsul Metelo, el tribuno Memio y el lugarteniente Sila.

Igual que en la anterior monografía, Salustio utiliza recursos convergentes para caracterizar las figuras que le interesan. Entre los retratos sobresale el de Yugurta (capítulos VII al IX) a quien Salustio presenta como hombre joven y ardiente, cuya personalidad va a ir definiendo a lo largo de la obra.

Entre los discursos destacan los de Memio y Mario. El tribuno Memio arenga a la plebe con un célebre discurso (capítulo XXXI) en el que critica fogosamente a los nobles y reprocha a la plebe su pasividad y su falta de ideales.

El ataque a la oligarquía se hace aún más virulento en el discurso de Mario (capítulo LXXXV). Éste, con tono áspero y a veces brutal, fustiga a la nobleza e incluso hace ostentación de su origen plebeyo. Mario, a falta de antepasados nobles, reivindica orgullosamente sus hazañas como auténtico timbre de nobleza.

También en esta obra Salustio construye su propio orden temporal de las cosas e inserta en el relato digresiones como por ejemplo la de los capítulos XVII, XVIII y XIX acerca de la geografía de África y sus primeros pobladores. Más reveladora del pensamiento de Salustio es la que ocupa los capítulos XLI y XLII sobre la violencia de las luchas de partidos en Roma.

Junto a estos excursos de trasfondo ideológico caben también las anécdotas como la del heroísmo de los hermanos Filenos descrito en el capítulo LXXIX.

En *La Guerra de Yugurta*, Salustio se muestra especialmente hábil en las descripciones. Cuando narra las batallas no se interesa, como César, en detallarnos la estrategia o la logística de las mismas, sino que trata de hacernos partícipes de la tensión del combate destacando los elementos más dramáticos. Muchas veces la descripción colorista del lugar donde se desarrolla una acción acentúa eficazmente el relato de la misma, como la de las inmediaciones del río Mutul, donde se enfrentaron Metelo y Yugurta (capítulo XLVIII).

Las Historias

La tercera y última obra de Salustio, las *Historias*, se ha perdido en su mayor parte. Podemos, sin embargo, hacernos una idea de lo que pudo ser gracias a algunos fragmentos rescatados en los manuscritos de épocas posteriores y a las cerca de quinientas citas recogidas en distintos autores, sobre todo gramáticos, que, con frecuencia, además de reproducir frases o pasajes de la obra,

mentaban los libros por su número de orden. Si re-componemos adecuadamente todo el material y los datos de que disponemos, la reconstrucción de la obra, al menos en su estructura y contenido fundamental, puede ser bastante verosímil.

En el capítulo XCV de *La Guerra de Yugurta*, Salustio, al hacer un retrato de Sila, nos habla de Sisena, a quien considera el mejor biógrafo de aquél, pero falto de la independencia de criterio necesaria para un historiador.

Sisena, muerto en el 67 a.C., había dedicado su obra a la dictadura de Sila. La obra de Salustio comprendería los doce años que van desde la muerte del dictador (78 a.C.) hasta el 67 a.C.

No se ha encontrado ningún fragmento que trate hechos posteriores a esta fecha y por ello se ha concluido que la obra acababa allí. En este año no hubo ningún acontecimiento de suficiente relevancia para servir de cierre a una narración histórica, y en consecuencia se piensa que la muerte impidió a Salustio terminarla.

Los fragmentos más importantes se encuentran en un manuscrito (Vat. 3864) en el que se recogen cartas y discursos de las obras de Salustio. Pertenecen a las *Historias* cuatro discursos y dos cartas. El primero de ellos es el que el cónsul Lépidio dirigió a la plebe el año 78 a.C. atacando violentamente a Sila y su política; el segundo es el pronunciado por Marcio Filipo en el Senado, en contra de su colega y enemigo Lépidio; el tercero es el que el cónsul Aurelio Cota dirigió al pueblo en el año 75 a.C. para calmar el malestar ante la grave situación reinante y conciliarse los favores de la plebe. El último es el del historiador y tribuno Licinio Macer; se trata de un discurso